

del Sur, teniendo a compañías españolas como "puente", sigue siendo una tesis válida. En este sentido un hecho criminal que se ha mantenido en un oscuro silencio podría tener relación con el "Allul". Se trata del asesinato de Rafael Martín-Peña, abogado y presidente de la Federación Nacional de Judo. El 3 de octubre Martín Peña telefoneaba a su mujer a las once de la noche: "No tengo llaves, dejámelas debajo del felpudo en el portal". Diez minutos después una bala del nueve corto dejaba tendido en el portal al abogado. A la mañana siguiente una nueva organización, poco verosímil, el Servicio de Inteligencia Anticomunista Internacional, reivindicaba el atentado. Decían que Martín-Peña había encontrado la muerte por ayudar al líder Antonio Cubillo, al MPAIAC y por su acusada colaboración con los marxistas.

Sin embargo la vida de Rafael Martín-Peña no era la de un marxista. Según el diario "Ya", el presidente de la Federación Nacional de Judo estaba inmerso en una "mafia vergonzosa" en la que podían estar implicados judocas y federativos. Martín-Peña era conocido como abogado defensor de las patronales. Era también uno de los directores de la organización Prossa, dedicada a la "protección" y asesoramiento y, según el "Ya", "a surtir de guardaespaldas a poderosos hombres de la política y del mundo de la economía". La víctima había estado relacionada con el "caso Matessa" y era conocido en los medios políticos como hombre de extrema derecha.

La organización de Martín-Peña para "protección", que reclutaría sus gentes entre los judocas y otros luchadores es, según algunas versiones, la pantalla que protegía junto con otros grupos —como uno domiciliado en la calle Joaquín María López, de Madrid— el tráfico de diamantes de Amsterdam y Amberes a España con el beneplácito de alguna institución bancaria. La relación "armas-diamantes" con el triángulo Sudáfrica-Amsterdam-Madrid necesita aún de sucesivas aclaraciones, de un detallado estudio para que la opinión pública española pueda llegar a enterarse. Aunque el silencio torpe del Gobierno empañe más aún el brillo de los diamantes y el dramático tráfico de las armas. Los parlamentarios, por supuesto, se mantienen en un pertinaz y absoluto silencio. Incluyendo, naturalmente, a la Comisión de Defensa.

LA EDAD INSTANTANEA

Las discotecas de Leibniz

JUAN CUETO ALAS

LO arduo no es detectar la particular idea del mundo —idea de las ideas— que tenemos en este momento, sino saber con precisión qué diablitos significa y delimita el vocablo "momento" cuando es pronunciado en este presente de vértigo y humo que también ciega nuestros ojos. Corremos el riesgo de cambiar de época mientras teorizamos acerca de lo que entendemos por "época". Más sencillo lo tenían los antiguos, y seguramente por eso, con tantos siglos por delante y por detrás, los hombres de la Edad Media se ocupaban *full time* de la eternidad sin que jamás los hayamos observado preocupados por la contemporaneidad, y los filósofos de la Era Moderna discutían con envidiable calma del tiempo, pero a partir de la casi helénica idea de espacio. Es relativamente fácil saber lo que ahora está de moda: acaso porque ignoramos con estrépito lo que quiere señalar el escurridizo "ahora" que nos ha tocado en suerte.

ES lo bueno del momento histórico éste, que ya no puedes dar la lata con el histórico momento, porque al menor descuido te conviertes en estatua de sal por el mero hecho de mirar el retrovisor. No estamos en la Edad Contemporánea, que se trata de la "instantánea".

POR ejemplo: inicié el folio con el propósito de contar que la nueva idea del mundo que ahora se lleva tiene como resumen la discoteca bailona, y al cabo de veinte líneas divagatorias temo que hayan ocurrido por ahí demasiadas cosas como para sostenerlo alegremente.

NATURALMENTE, me refiero a lo que los de la "edad oscura" llamaban *imago mundi*, no a que vuelvan a estar en candelero aquellos prehistóricos espacios de cartón-piedra de la tercera revolución industrial. Y porque ya no vamos a las discotecas las añoramos y las reconvertimos en símbolo de un presente sin futuro. Viene a ser la misma operación mercantil que aconteció con el dichoso mito de nuestra infancia: tuvimos que perderla para poder empezar a contarla, a rentabilizar las tristezas de antaño. Curioso destino, por cierto, el de la cada día más monopolística generación de los cuarenta, nietos de la ira: condenados a transformar los reprimidos ocios de la adolescencia más larga y aburrida de la Historia, en fabuloso negocio de la madurez más lucrativa que imaginarse pueda.

IDEAMOS, decoramos, usamos y clausuramos las discotecas. Nos ha llegado la fase de convertirlas en la metáfora de actualidad. Era de temer, pues si hay una ruina consumística que refleje con arcana precisión la actual idea del mundo que mejor reproduzca el material plastificado, el efímero mundo de las ideas plásticas que nos ha tocado soportar, son aquellas discotecas de los años sesenta en las que perdi-

mos los mejores sudores de la vida. Claro que hay más profundas razones para este otro "rescate": así lo han querido la Paramount, la Columbia, la RSO y la MCA. Records en estrecha colaboración con la multinacional treintañera, que lo mismo manipula beatles que beegees para que la atención no decaiga.

SIGO a Gaos cuando digo que la idea medieval del mundo estaba tallada en la catedral de Chartres, narrada en la Divina Comedia y razonada en la Suma Teológica; al igual que la iconografía de la modernidad tenemos que buscarla en los ejercicios de San Ignacio, en los viajes de Colón, en los descubrimientos de Galileo y Newton, en la política de Maquiavelo o en la fama de Cervantes. Los investigadores del futuro lo tienen más sencillo. Les bastará construir en el Museo Británico una discoteca a escala reducida para que el público entienda la pobre pero precisa idea del mundo que "ahora" nos obligan a tener.

LA serie se degrada a medida que transcurre la historia de la serie. Esculpir, escribir, filosofar, rezar, viajar, inventar, politiquear o soñar eran las inscripciones que aquellos tipos nos dejaban como rastro indeleble de sus ideas primordiales. En estos instantes es el turno del verbo bailar. No diré que estamos ante una revolución trascendental, ya que sólo hay una leve mutación gramatical: todas aquellas metaforizaciones eran verbo rabiosamente transitivos; éste resulta impudicamente intransitivo.

Y es que las discotecas, como las *mónadas* de Leibniz —"microcosmos cerrados y sin ventanas"— pretenden mostrar el mundo exterior, pero las muy exhibicionistas sólo se muestran a sí mismas. No otra es la razón por la que el universo discoteico autorrepresenta en su seno la ilusión de lo fragmentario como si de un caleidoscopio se tratara.

A la discoteca no se iba a charlar, a descansar, a negociar, a medrar, ni siquiera a ligar, sino a bailar: a travoltar nuestra tediosa existencia cotidiana. En la noche del sábado, o la del viernes, que tanto montaban, sólo sucedía una cosa: el rotundo triunfo del diferido sobre el directo, del "play-back" sobre la realidad, del "disc-jockey" sobre el cantante, del presentador sobre el presentado, del imitador sobre el imitado, de la reproducción sobre la producción: del significante sobre el significado.

ES lógico que los intermediarios se esfuerzen ahora por poner de moda el paraíso de lo intermediario, porque es su secreta lógica la que nos están concebidas vendiendo con esta estúpida resurrección de unas discotecas concebidas a imagen y semejanza de sus propias intransitivities mercantiles. ■